

PREFACIO

Si la política tuviera que ver solo con la razón y la lógica, uno pensaría que las miserias causadas por las revoluciones del siglo xx y las primeras décadas del siglo xxi bastan para desterrar toda tentación revolucionaria en nuestros días. Pero no es así. Allí están, a diario y en todas partes, las manifestaciones de simpatía, hipócrita o auténtica, con causas revolucionarias: en los países más prósperos, en los menos exitosos y en los que están en la mitad del camino. Una de las variantes de la tentación revolucionaria, quizá la más sobresaliente en estos tiempos, es el populismo, cuyas aguas turbias inundan hoy tantos países a pesar de que diversas zonas del mundo, como América Latina y el África, han dado muestras fehacientes en décadas recientes del fracaso al que conduce.

Por eso es importante que existan libros como este texto de Antonella Marty, provocadoramente titulado «Lo que todo revolucionario del siglo xxi debe saber», que constituye su segunda obra publicada. A las revoluciones totalitarias y al populismo, esos primeros hermanos, no se los podrá combatir eficazmente en el terreno político sin desmitificar, en cada generación que nace a la conciencia cívica, la grotesca deformación de la realidad, la historia, las leyes económicas y los principios morales que representa el discurso antiliberal. Desbrozar el camino, apartar la hojarasca, limpiar el horizonte de las sombras que oscurecen la verdad en el campo del pensamiento político es una tarea profiláctica de la máxima importancia para que las ideas de la libertad puedan morder carne en las nuevas generaciones.

A ese «género», el de la profilaxia intelectual, pertenece este libro que recorre las ideas totalitarias desde sus orígenes platónicos hasta su encarnación chavista, pasando por la larga y sangrienta trayectoria del socialismo marxista en los cuatro puntos cardinales del globo, y que rescata, a modo de contraste, la no menos antigua y vigente tradición liberal, desde sus orígenes aristotélicos hasta sus herederos actuales, pasando por hitos del pensamiento libre como la Escuela de Salamanca, las ideas

que informaron la Revolución Gloriosa y la Revolución Americana, los prodigios económicos y sociales que los intercambios libres lograron, a pesar de tantas interferencias, desde la Revolución industrial y las conclusiones adecuadas que los observadores más lúcidos supieron extraer de esa experiencia acumulada.

Me ha tocado reflexionar en algunos foros y textos acerca de dos elementos que, a mi juicio, explican en parte la perseverancia del atractivo que tienen las revoluciones socialistas y el populismo: el mito y la utopía. El mito es el pasado que nunca existió y la utopía es el futuro que nunca llegará: la fuerza persuasiva de ambas es de tal naturaleza, que por lo general su utilización en el discurso revolucionario y populista satisface en muchas personas un deseo de irrealidad, de ficción ideológica, contra el cual es difícil competir con razones, argumentos, estadísticas y verificaciones históricas.

La tradición mítica es antigua, tan antigua como Hesíodo, el primer filósofo de la historia, que recogió en su poesía la mitología oral de los griegos, parte de la cual tenía que ver con una supuesta Edad de Oro, un pasado idílico, en el que alguna vez habían reinado la paz, la felicidad y la ausencia de esfuerzo. Esa tradición continuará de diversas formas en el mundo occidental y formará parte sustancial, mucho después, en el siglo XVIII, en el surgimiento de las corrientes filosóficas que desembocarán en el nacionalismo alemán. La tradición utópica no es mucho menos antigua y nace con Platón, aunque luego se interrumpe para renacer con los pensadores cristianos, alcanzar un «derecho de ciudad» con los renacentistas y desembocar en el socialismo del siglo XIX, tanto en su vertiente fabiana como en la marxista.

Algunas culturas —algunos países— fueron con el tiempo contrarrestando estas dos tradiciones, la del pasado que nunca existió y la del futuro que nunca llegará, con otras tradiciones políticas más realistas y verdaderas, y confinándolas en territorios donde no podían hacer daño, incluso donde podían ser muy enriquecedoras, como el arte y las letras. En otros lugares, y sin duda América Latina fue uno de ellos, impregnaron la vida intelectual y política de un modo más o menos permanente, con altibajos según la época pero siempre con resultados prácticos nefastos. Esos resultados se resumen en dos constataciones: opresión y pobreza.

Ahora que, a pesar de la evidencia abrumadora del fracaso, el populismo resurge en tantos países avanzados mientras decae en América Latina, lo que se comprueba es que ninguna nación está definitivamente protegida contra la tentación revolucionaria porque en ninguna han sido el mito y la utopía apartadas del todo de la vida política y cívica aunque

PREFACIO

en tiempos de «normalidad» así lo parezca. Precisamente porque esto es cierto es que resulta imperioso que las nuevas generaciones de escritores liberales, como Antonella Marty, vuelvan a la carga contra la tradición mítica y la tradición utópica en la discusión política, renovando el combate que los que ya pintamos más canas de las convenientes hemos intentado librar antes que ellas. El esfuerzo por proteger la democracia liberal, el Estado de Derecho, la propiedad privada y la libertad individual contra las mentiras que pretenden justificar la opresión e idealizar la pobreza para perpetuarla no debe cesar nunca. Cada nueva generación de liberales tiene la misión de renovar y actualizar el pensamiento liberal.

Como lo prueba este libro, Antonella es una de las liberales de su generación que lo tiene claro.

ÁLVARO VARGAS LLOSA
Washington, febrero de 2018

PRÓLOGO

LA DEMOCRACIA LIBERAL COMO UN SISTEMA OPERATIVO: LO FUNDAMENTAL Y LO ACCESORIO

Este es un manual liberal muy útil. Llevo más de cuarenta años examinando estas ideas y puedo dar fe de ello. ¿En qué consiste? Es conveniente advertirlo de antemano. Antonella Marty ha redactado una refutación bien fundamentada del estatismo y de diversas formas del populismo, que es, al mismo tiempo, una receta sobre el buen hacer en la obra de gobierno, y hasta una historia de la querrela entre las dos tendencias.

El libro tiene un título y subtítulo que son una declaración de guerra: *Lo que todo revolucionario del siglo XXI debe saber (Sobre su hipocresía, enriquecimientos, fracasos, mentiras y otras cosas)*. Bravo. Así debe ser el tono de la polémica. Absolutamente panfletario en el título, pero enjundioso en el contenido. Si hubiera nombrado la obra *Curso de economía liberal para socialistas autoritarios trasnochados* probablemente muy pocas personas se asomaría a sus páginas.

La autora pertenece a una joven generación de liberales que defienden, en primer lugar, la libertad individual y la responsabilidad que esta siempre conlleva. Esa actitud está muy bien. Es, incluso, indispensable. Afortunadamente, cada vez es mayor el círculo de jóvenes que se lanzan al ruedo a sostener las ideas de la libertad. Hay que defenderlas siempre y constantemente porque siempre están en peligro de desaparecer arrolladas por alguna suerte de autoritarismo, generalmente puesto en marcha en nombre del progresismo, aunque luego la economía se estanque y retroceda, como ocurrió en los países comunistas europeos.

Pese a «la necesidad de libertad» que proclamaba el escritor Reinaldo Arenas cuando explicó por qué se exiliaba de su Cuba natal, también existe «el miedo a la libertad», brillantemente descrito por el psicoanalista marxista Eric Fromm en su breve ensayo. Hay personas que necesitan

tomar decisiones libremente —como Arenas—, y las hay que prefieren renunciar a la agonía de escoger y correr el riesgo de equivocarse.

Hay seres humanos que prefieren hacer sus vidas con sus propias decisiones, pero existen otros, más pusilánimes, o menos audaces, que admiten que «sus jefes», ya sean elegidos o autodesignados, tomen por ellos las decisiones fundamentales, aunque esa actitud acabe causándoles el mayor de los perjuicios, no solo por razones económicas, sino por los daños psicológicos que se originan en las malsanas relaciones establecidas entre los mandamases y sus subordinados.

¿Cuál es el camino? Naturalmente, la economía de mercado, el gobierno limitado, el respeto por los derechos humanos, la independencia del poder judicial y la democracia representativa como el modo de transmitir la autoridad eficientemente. Esa es, *grosso modo*, la fórmula política de las 25 naciones instaladas a la cabeza del planeta de acuerdo con los índices más acreditados, incluido el *Índice de desarrollo humano* que publica anualmente Naciones Unidas.

¿Y no es esa ideología un planteamiento antiguo, de fines del siglo XVIII, surgido de las ideas propagadas por la Ilustración? ¿No estará Antonella proponiendo un modo obsoleto de enfrentarse a la tarea de propiciar el desarrollo y luchar contra la pobreza y la falta de libertades?

En absoluto. El modelo de lo que algunos tratadistas califican como «democracia liberal», que es el que Antonella postula, no es exactamente una ideología. Es lo que Bhu Scinivasen llama al *capitalismo* en una magnífica charla TED. La democracia liberal es un «sistema operativo» que se va transformando, corrigiendo, mejorando con cada aporte que se le hace, como sucede con los sistemas operativos abiertos.

Pueden lograrse grandes cosas, como sucede con el Reino Unido, Suecia, incluso en Barbados y Bermudas, o se puede fracasar, como ocurre en Haití, en Honduras, o en la mayor parte del África subsahariana, porque depende de cómo se gobierne, de los valores imperantes, de las tradiciones vigentes y del peso y la posibilidad de operar de los emprendedores.

Nada tiene que ver con el tamaño o los recursos naturales. Suiza es un pequeño país atrapado en el medio de Europa, sin salida al mar, dividido en tres etnias que se hicieron la guerra en Europa hasta muy recientemente (franceses, alemanes e italianos), pero es tal vez la nación que más rendimiento le saca al *sistema operativo* de la democracia liberal, como se revela cada vez que hay turbulencia en el sistema monetario internacional y muchos corren a protegerse adquiriendo francos suizos.

Israel tiene el tamaño y la aproximada población de El Salvador, pero el desempeño de Israel, una nación tercamente democrática que pasó de

los kibutz al capitalismo sin violencias revolucionarias, es infinitamente mejor que el del país centroamericano, aunque este disponga de más recursos naturales.

Esa, entre otras, es la extraordinaria ventaja de carecer de certezas sobre el destino de la humanidad. Los liberales no saben hacia dónde debe marchar la especie y desconfían de quienes creen saberlo. Eso sucede, en cambio, con los marxistas, persuadidos del rol definitivo de «la clase obrera», gente convencida de las supersticiones puestas en marcha por Hegel, recogidas por Marx y ordenadas de tal manera por Lenin y sus epígonos que le costó a la humanidad 100 millones de muertos durante el siglo xx.

Los liberales se limitan a construir instituciones abiertas y perfectibles que cada generación va utilizando para desplegar sus propósitos y acomodar los hallazgos técnicos y científicos y las nuevas creencias dominantes. Esto permite de una manera pacífica que las mujeres y otras personas de diferentes orígenes, además de los blancos propietarios, se incorporen como ciudadanos a las tareas políticas, hagan oír sus voces, aunque sea a trancas y barrancas, y asciendan por la ladera económica de las naciones acogidas a la cosmovisión de la democracia liberal.

En definitiva: ¿qué es lo que debe saber un revolucionario del siglo xxi? Sencillo: lo que Antonella ha aprendido de los libros, las conferencias, las múltiples citas académicas a las que ha acudido por su proximidad a la *Fundación Internacional para la Libertad* (FIL) que dirige Mario Vargas Llosa, más lo que ha confirmado en la amarga experiencia argentina, su país.

Una nación que ha logrado el *contramilagro* de desindustrializarse y marchar insensiblemente hacia el subdesarrollo por haber suscrito las prédicas contrarias a la democracia liberal que el peronismo le inyectó en las venas hace muchas décadas.

El problema moral que se eruirá frente a esos revolucionarios, si Antonella logra convencerlos, es que dejarán de militar en un bando que a los jóvenes, y a algunos adultos incapaces de admitir la realidad, les satisface notablemente por todo lo que tiene de victimismo y de esa pretendida superioridad ética que experimenta la izquierda autoritaria.

Ellos no pueden admitir, sin que se les derrumbe su castillo ideológico de naipes, que en los países que se guían por las reglas de la democracia liberal la pobreza ha disminuido notablemente, los ingresos son mayores que en generaciones pasadas, las casas son más iluminadas y espaciosas, las comunicaciones se han abaratado, como les ocurre a los alimentos y al vestido con relación a los ingresos, el agua potable y la electricidad llega a todos los estratos de la sociedad, el crédito se ha expandido, la

educación se ha extendido exponencialmente, las mujeres van alcanzando la paridad de géneros —aunque falta mucho camino por recorrer—, y prevalece una atmósfera de tolerancia hacia las inclinaciones sexuales que evidencia un paulatino resquebrajamiento de los valores tradicionales del patriarcado.

¿Qué hace ante este incontestable panorama de mejoría de todos los índices económicos y sociales esa izquierda irredenta, «inasequible al desaliento», como dicen los españoles con ironía ante esos seres cabeciduros? Se refugia puerilmente en las diferencias entre los ingresos y la calidad de vida del quintil más alto y el más bajo, como dicta el *Coefficiente Gini*, sin entender que la igualdad es un objetivo que conduce al empobrecimiento colectivo.

La experiencia cubana no deja lugar a duda: hoy apenas unas 10.000 personas viven confortablemente en la isla caribeña, menos del 0,1%, mientras 11 millones padecen una creciente pobreza evidenciada en la destrucción progresiva de sus viviendas, en la permanente libreta de racionamientos y en el ínfimo poder adquisitivo del peso, la moneda en que cobran sus salarios, equivalentes a unos 20 dólares mensuales.

La sociedad cubana ha logrado la igualdad hacia abajo, hacia la miseria, pero con un agravante: los cubanos no creen en la eventualidad de mejorar sus vidas. Sesenta años de promesas incumplidas (tres generaciones sucesivas) les han enseñado que la única alternativa a la indigencia es la emigración. De ahí que el grupo más decidido a escapar del «paraíso de la igualdad» sean los menores de 30 años, probando que se trata de una sociedad cada vez menos *revolucionaria* en el sentido convencional del término. La experiencia los ha vacunado contra las ilusiones que algún día tuvieron.

Una última reflexión sobre el sistema operativo de la democracia liberal. Aunque yo sea un devoto creyente en muchas de las hipótesis liberales, en mis veinte años como vicepresidente de la Internacional Liberal, y en sus periódicas reuniones, aprendí que los conservadores, los democristianos, los libertarios y los socialdemócratas no son los enemigos de los liberales, sino unos primos cercanos con los que estamos de acuerdo en lo fundamental y en desacuerdo en lo accesorio. Más aún: todo el arco partidario de la democracia liberal, en la medida que esos partidos abandonaban el análisis marxista, fueron incorporando sin ambages el recetario del liberalismo.

Lo fundamental son los rasgos del Estado de Derecho: libertad en el sentido más amplio de la palabra, igualdad ante la ley y ante las oportunidades, lo que implica el respeto por la gobierno limitado, derechos

humanos, incluido el derecho a la propiedad privada y el respeto a las minorías, democracia para renovar las élites dirigentes, y unos servidores públicos —nuestros servidores públicos, desde el presidente al último burócrata que mantenemos con nuestros impuestos— que entiendan su rol de personas subordinadas al mandato de la ley.

Lo accesorio, aunque pueda ser irritante y genere grandes discusiones, es el monto de la tasa de impuestos, el nivel del gasto público o el tipo de labor que puede desempeñar el gobierno. No se puede descartar de un plumazo la excelente experiencia de los países escandinavos, aunque contradigan algunas de las premisas del liberalismo.

Es una falsa dicotomía plantear a Keynes contra Hayek, o tratar de devaluar el ejemplo, por ejemplo, de Francia, dado su elevado gasto público. Tal vez los franceses hubieran tenido más éxito explorando otras vías, pero no puede olvidarse que nuestro abierto sistema operativo exige la busca de consensos.

Si se cuenta con una democracia liberal, se pueden ajustar pacíficamente las relaciones de poder entre la sociedad y el Estado. Se puede experimentar y se pueden corregir los resultados en sucesivos comicios.

Margaret Thatcher lo hizo en el Reino Unido sin afectar la esencia de la democracia liberal británica. Le tocó corregir los excesos del gasto público y limitar las tareas que debía desempeñar el Estado tras varios gobiernos laboristas. Fue, en alguna medida, lo que hizo Ronald Reagan en Estados Unidos, o Menahem Begin con el Likud en Israel tras varias décadas de una visión imperante dictada por unos orígenes francamente socialistas dirigidos por el Partido Laborista desde 1948, cuando Ben Gurión, valientemente, asumió la presidencia del flamante país, hasta que avanzada la década de los setenta le tocó gobernar al Likud y confirmar que el sistema operativo de la democracia liberal les entregaba un Israel diferente.

El hecho de que el Partido Liberal alemán haya podido pactar con los socialdemócratas o con los democristianos no es la prueba del oportunismo de los políticos, sino de que estamos ante parientes de una misma familia. Y, si se quiere otra demostración de ello, es la Gran Coalición entre democristianos y socialdemócratas con el objeto de darle al país estabilidad y gobernabilidad. Es como si Hayek y Keynes reconocieran que los une lo fundamental y están dispuestos a pactar en lo accesorio.

CARLOS ALBERTO MONTANER

INTRODUCCIÓN

Corría el año 2011 cuando el entonces dictador de Venezuela, Hugo Chávez, articuló en público una de las mentiras más grandes de la historia: «el socialismo salvará a los pueblos del mundo de la miseria, de la pobreza, del hambre, de la desigualdad».

Hoy vivimos en un mundo donde todavía una fracción de la humanidad cree que la solución para que los más necesitados salgan de su situación de pobreza, es la asistencia de un gobierno de mayor tamaño y con mayor intervención no solo en la economía, sino también en la vida individual de cada ciudadano.

Resulta penoso que todavía algunos caigan en la trampa de la «igualdad socialista», una igualdad en la que, a la larga, todos los ciudadanos son igualmente pobres, excepto los populistas que se encuentran en la cúpula de poder, y esto ha quedado demostrado en todos y cada uno de los casos en los que se ha experimentado la tremebunda ideología revolucionaria y marxista.

Uno de los casos más interesantes para reflexionar es la situación de Venezuela, que en la década de los años sesenta era casi tan rica como Noruega. Hoy, después de veinte años de revolución socialista, los resultados se resumen a lo siguiente: un 95% de escasez de medicinas, 85% de escasez de alimentos, 90 de cada 100 venezolanos que ganan menos de lo necesario para poder alimentarse, más de un 85% de la población en situación de pobreza, aproximadamente 28 niños que mueren por día tras la falta de medicinas y alimentos, y una hiperinflación galopante. Este país, que otrora fue uno de los más prósperos y ricos del mundo, ha caído en la trampa del Estado gigante y creyó, con una inmensa ceguera, en la ideología de Karl Marx. Hoy el pueblo lo padece y muere de hambre.

Es por esto que, a lo largo de las próximas páginas, repasaremos las tortuosas experiencias de aquellas naciones que se han sometido a los dictados de los caudillos populistas y revolucionarios de turno que, fascinados, implementaban este tipo de política de Estado de Bienestar, que a la larga no fue más que bienestar para el Estado.

La experiencia ha demostrado que Venezuela, Cuba, Corea del Norte, la Unión Soviética o lo que fue la Alemania Oriental han sido casos de absoluto fracaso político, económico y social. Pero si la solución no es un gobierno grande, populista y proteccionista, entonces, ¿cuál es?

A lo largo de estas páginas el lector observará que la democracia no es suficiente para mantener la estabilidad de una nación, en tanto que una buena parte de los populistas de nuestra región han tomado el poder a partir de las instituciones democráticas, y, luego, hicieron y deshicieron a gusto, subrayando y alterando los papeles constitucionales para así perpetuarse en el poder, mandato tras mandato. Es por esto que resulta de vital importancia fortalecer las instituciones de un Estado de Derecho, donde la corrupción se combata y los tres poderes del Estado sean fuertemente independientes, pero también donde las libertades individuales, políticas y económicas de los ciudadanos se respeten a rajatablas.

O'Donnell señaló que «la democracia también puede morir lentamente, no ya por abruptos golpes militares sino mediante una sucesión de medidas, poco espectaculares pero acumulativamente letales», y eso es lo que ha hecho el socialismo en cada toma de poder, ya sea mediante la fuerza o mediante, en primera instancia, las urnas.

¿Puede el socialismo hacer del mundo un lugar mejor y más justo? ¿Qué nos ha mostrado la experiencia socialista a lo largo de la historia mundial? ¿Funciona el comunismo? ¿Funciona el socialismo? ¿Los pobres son pobres porque los ricos son ricos? ¿Cuáles son las causas de la miseria en el mundo? ¿Quién es el responsable de la inflación? ¿Qué sucedió en América Latina y qué ideas revolucionarias hemos heredado? Estos son algunos de los interrogantes que intentaremos resolver a lo largo de las siguientes páginas, a partir de un análisis de las experiencias de gobiernos intervencionistas y totalitarios a lo largo del mundo, desde la Unión Soviética, la Alemania Oriental y Cuba, hasta el surgimiento del chavismo en Venezuela y la esencia del *Socialismo del Siglo XXI* radicado en América Latina, que hoy pareciera estar en declive.

¿Funciona la libertad? ¿Es el estatismo el camino correcto? ¿Qué políticas públicas son sanas? Estos conforman también otros interrogantes que contemplaremos a lo largo de la obra, a partir de una solución y propuesta alternativa a las políticas populistas que han marcado tendencia en la región.

De todos modos, partiremos desde el eje «revolucionario», comprendiendo en qué consiste ser revolucionario hoy en día, qué implica una revolución, qué revoluciones fueron nocivas y cuales dieron resultados positivos a lo largo del mundo, y, principalmente, qué revoluciones nos

afectaron el pasado y presente. A partir de esto intentaremos descifrar al tradicional «revolucionario del siglo XXI» —en el sentido marxista de la palabra—, aquel que apoya al chavismo, la abolición de la propiedad privada y detesta a los Estados Unidos pero sin embargo vive con lujos, tiene cientos de propiedades, ahorra en dólares (la moneda del «imperio») y viaja a Miami o Nueva York cada vez que puede para renovar sus vestimentas o comprar el iPhone desde el cual utilizará las redes sociales creadas por el capitalismo para, paradójicamente, hablar en contra del capitalismo, la globalización y el mercado.

A lo largo de estos escritos nos toparemos con distintas temáticas, todas ellas entrelazadas entre sí y con una perspectiva que buscará desenmascarar al agobiante marxismo cultural. Repasaremos las revoluciones marxistas, la tergiversación del lenguaje por parte de la izquierda, el totalitarismo planteado por Platón, la herencia europea que recibió América Latina, los falsos conceptos como «neoliberal» (uno de los más famosos), los intentos de marxismo en la práctica, las interpretaciones sobre el populismo y sus orígenes, las relaciones de estos «robolucionarios» socialistas con el narcotráfico en la actualidad, la hipocresía de los «progres», «zurdos», «revolucionarios», «marxistas», «socialistas», «comunistas» o como prefiera llamarlos y, fundamentalmente, buscaremos acercarnos a una mayor comprensión desde una óptica diferente acerca del rol del Estado en la economía, la política, la vida individual y lo social, planteándonos preguntas como las siguientes: ¿Mercados libres o mercados cerrados? ¿Precios libres o control de precios? ¿Quién es el responsable de la inflación? ¿Propiedad privada o propiedad común? ¿En qué nos ha favorecido la libertad económica a nivel global? Y por último y no menos importante: entonces, ¿qué políticas públicas debemos implementar para alcanzar el desarrollo social y un mayor crecimiento económico global?

CAPÍTULO 1

INTERVENCIONISMO Y LIBERTAD EN LOS PRIMEROS TIEMPOS

I. LA TENTACIÓN TOTALITARIA DE PLATÓN

La vida de Platón (427 y 347 a.C.), principal discípulo de Sócrates y encargado de fundar una academia donde dedicó sus horas a la enseñanza y la técnica, transcurrió en un intenso período de luchas políticas y guerras, en plena inestabilidad para Atenas en la Antigua Grecia.

Platón nace un poco antes del comienzo de la guerra del Peloponeso. Su juventud sufrió el impacto de la guerra entre la democracia ateniense y el totalitarismo espartano, confluyendo en un conflicto militar que llega a su punto final a los veinticuatro jóvenes años de Platón.

Mientras tanto, Esparta representaba la más clara exhibición de las ideas que pregonan los gobiernos de corte autoritario. En palabras de Emil Ludwig (1952), «Esparta era una nación en armas, en la cual la única educación era la guerra. Se desdeñaba la inteligencia, se dictaban disposiciones estableciendo cuándo debía casarse un ciudadano y cuándo el Estado debía sustraerlo de su familia, se restringía todo movimiento y existía un Estado autárquico».

Los espartanos eran soldados durante toda su vida, y el Ejército era una parte trascendental dentro de su sistema político. La educación, a su vez, tenía una fundamental importancia ya que, como señala Beneyto (1958), «los niños abandonaban la casa de sus padres para ser sometidos a una educación preparatoria del servicio militar».

Fueron varios los acontecimientos que, de alguna manera u otra, dejaron huellas en la formación y personalidad de Platón, entre ellos el famoso gobierno del terror o mejor conocido *Gobierno de los Treinta Tiranos*, que sucedió a la democracia ateniense durante un breve período, y

que obedecía las órdenes de Terámenes y Critias (tío de Platón), quienes intentaron imponer un régimen plenamente despótico, plagado de matanzas y persecuciones interminables.

Espaciosos siglos después, específicamente en el año 1919, daría sus primeros pasos intelectuales un joven austriaco que llegaría a convertirse en uno de los pensadores más influyentes de la segunda mitad del siglo xx: Karl R. Popper.

Este intelectual extendió su legado a amplias áreas de estudio, entre ellas la esencia de una teoría que mantiene su vigencia en nuestros días: la teoría política de Platón a la cual Popper realiza una minuciosa crítica en su obra *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945).

En palabras de Vargas Llosa (2018), «se trata de un alegato contra la tradición que llamó “historicista”, que comienza con Platón, se renueva en el siglo xix y se enriquece con Hegel y alcanza su pináculo con Marx. Popper ve en el corazón de esta corriente, madre de todos los autoritarismos, un inconsciente pánico a la responsabilidad que la libertad impone al individuo, que tiende por ello a sacrificar esta para liberarse de aquella. De ahí ese nostálgico deseo de retornar al mundo colectivista, tribal, a la sociedad inmóvil y sin cambios, al irracionalismo del pensamiento mágico-religioso anterior al nacimiento del individuo, que se emancipó de la placenta gregaria de la tribu y rompió su inmovilismo mediante el comercio, el desarrollo de la razón y la práctica de la libertad [...] Otro gran malvado de *La sociedad abierta y sus enemigos* es Hegel, a quien Popper autopsia y descalifica con dureza rara en él (lo llama “charlatán”, “acomodaticio”, “verboso” y “oscurantista”, como lo había hecho antes Schopenhauer) [...] Dentro de la telaraña de palabras con que Hegel armó su sistema, se encuentran los fundamentos de aquel Estado totalitario —colectivista, irracional, caudillista, racista y anti-democrático— concebido originalmente por Platón. E, incluso, perfeccionado y pervertido. Para Hegel, el Espíritu, fuente de la vida, siempre en movimiento, progresa con la historia encarnándose en el Estado, forma suprema de la modernidad. Este Estado, manifestación de la *esencia* de todo lo que existe, es superior al conjunto de seres humanos que forman la sociedad; el pináculo del Estado es el monarca, soberano absoluto al que se le debe obediencia y sumisión totales. El Estado se fortalece mediante la acción, como ha ocurrido con el Estado prusiano. Y la forma superior de la acción es la confrontación, la guerra contra los otros Estados, a los que aquel debe superar para justificarse a sí mismo. La victoria militar lo consagrará superior a los demás. El progreso humano está jalonado de héroes, hombres que llevan a cabo acciones gloriosas, a través de las cuales el Estado se

realiza y engrandece. El monarca —líder o caudillo— es un ser superior. Puede engañar, mentir y manipular a las masas, como autorizaba Platón que hicieran los guardianes de *La República*, para mantenerlas sometidas, y ser implacable contra quienes osan rebelarse, pues el mayor crimen que puede cometer un ciudadano es alzarse contra el *espíritu* que encarna el Estado y del que, a su vez, es proyección quintaesenciada el soberano o supremo dictador. ¿No es esta la mejor descripción de esos hombres que fueron Hitler, Stalin, Mussolini, Mao, Fidel Castro? La gran novedad del libro fue que Popper encontrara el origen y raíz de todas las ideologías verticales y anti democráticas en Grecia y en Platón. Es decir, en la misma cultura que echó los cimientos de la democracia y la sociedad abierta. El miedo a la libertad nace, pues, con ella, y fue nada menos que Platón, el intelectual más brillante de su tiempo, el primero en poner la razón al servicio del irracionalismo (el retorno a la cultura cerrada de la tribu, a la irresponsabilidad colectivista y al despotismo político, esclavista y racista del jefe supremo) [...] Platón, al establecer una evolución fatídica, pre-determinada, para la evolución histórica, negó la libertad humana y sentó las bases de todas las ideologías totalitarias». Además, «Popper siempre se opuso a una enseñanza exclusivamente estatal, como proponía Platón en *La República*, y defendió una enseñanza privada que compitiera con aquella».

Las bases de la crítica popperiana a la filosofía política de Platón se centran, de este modo, en la idea que plantea este último sobre la necesidad de un gobierno fuerte y centralizado, presentando así una de las primeras formas de ingeniería social en nuestro mundo tal como lo conocemos. En términos más simples, lo que Popper examina es la tendencia totalitaria existente dentro de la filosofía platónica.

Mientras tanto, podemos encontrar la presencia del Estado como protagonista central en la escena a lo largo de varios textos de Platón, entre ellos:

De todos los principios, el más importante es que nadie debe carecer de un jefe. Tampoco ha de acostumbrarse el espíritu de nadie a permitirse obrar siguiendo su propia iniciativa, ya sea en el trabajo o en el placer [...] Habrá que fijar la vista en el jefe, siguiéndolo fielmente, y aun en los asuntos más triviales deberá mantenerse bajo su mando. Así, por ejemplo, deberá levantarse, moverse, lavarse, o comer, solo si se le ha ordenado hacerlo.

En aquellas líneas se evidencia la fuerte rendición de culto a la autoridad, comprendida como un valor moral pleno y absoluto.

Mientras tanto, la tesis de Platón sobre el *comunismo sexual* indicaba lo siguiente:

Esas mujeres de esos guerreros serán todas comunes a todos y ninguna cohabitará en particular con ninguno; los niños también serán comunes, y ni el padre conocerá a su hijo ni el hijo a su padre [...] Para nosotros ha quedado demostrado que la causa del mayor bien para el Estado es la comunidad de mujeres y de niños entre los guardianes [...] Pues afirmamos entonces que ellos no deben tener en propiedad ni casas ni tierras ni posesión alguna, pero que, al recibir de los demás en pago a sus servicios, su alimentación, deben consumir todo en común.¹

La filosofía de Platón resulta gravemente perjudicial y más aún cuando sugiere que si los intereses propios no pueden ser sacrificados en aras de los «intereses de todos», entonces se es egoísta. Ante tal punto de partida, Platón le da un arma poderosa al colectivismo altruista, lanzando un considerable ataque a la esencia del individuo.

Vemos entonces un paralelismo entre el marxismo y la teoría política platónica, en tanto que de la mano de Karl Popper se puntualizan las similitudes entre Marx y Platón: ambos presentan al «comunismo» como el sistema más adecuado para la convivencia entre los seres humanos.

Por su parte, Popper señala el modo en que el historicismo sociológico y económico de Platón —es decir, su insistencia en el marco económico de la vida política y del desarrollo histórico— es una teoría que fue resucitada por Karl Marx, empero bajo el título de «materialismo histórico», que era la idea de que de la *estructura material* de la realidad, de las cosas, surgía la *superestructura*, es decir, nuestras ideas, nuestra conciencia, nuestra forma de entender la realidad.²

¹ PLATÓN. *La República*, Editorial Juventud, Barcelona, España, 2006, pp. 180, 189.

² La Estructura es, según Marx, la base material de una sociedad. Es el modo de producción que está compuesto por relaciones sociales de producción (cómo los hombres se relacionan entre sí para producir) y por las fuerzas productivas. Sobre esta Estructura se erige una Superestructura que son las ideas, las leyes, la política, el Estado, la conciencia, la manera de entender la realidad. De este modo, tanto la Estructura como la Superestructura deben estar en armonía. La Estructura es lo que determina la Superestructura, es decir, Marx nos señalaba que el mundo material influye sobre el mundo de las ideas. La ideología es, por lo tanto, el producto de las relaciones que tejen los hombres en las fuerzas productivas. Entonces, el Materialismo Histórico era la idea de que de la Estructura material de las cosas surgía la Superestructura. Esta idea del marxismo es fuertemente peligrosa, porque se piensa que se debe cambiar la estructura material para cambiar la superestructura y cambiar así nuestras ideas,

Aquella anhelada tentativa utópica de alcanzar el gobierno ideal propuesto por Platón exigía, por la naturaleza de su esencia, un gobierno centralizado en un acotado número de personas que, a la larga e inevitablemente, conducirían a la sociedad hacia un camino de tremebunda dictadura y poderes absolutos.

Incontables han sido los casos de intento de aplicación de ingeniería social y gobierno ilimitado en distintos rincones de nuestro planeta. A pesar de todo, los tiranos del mundo actual no parecen saciarse, e ignoran que todo tipo de ingeniería social pretende planificar el desarrollo total de la sociedad, a pesar de no contar con el conocimiento fáctico necesario para lograr tan pretenciosa e irrealizable ambición totalitaria, conduciendo a las sociedades hacia las más absolutas ruinas.

Montaner (2000) nos deja en claro que cuatro siglos antes del nacimiento de Jesús, tanto en *La República* como en *Las leyes*, Platón delineó los rasgos de las sociedades totalitarias controladas por oligarquías, en las que la economía era dirigida por la cúpula, la autoridad descendía sobre unas masas a las que no se les pedía su consentimiento para ser gobernadas y el objetivo de los esfuerzos colectivos era el mismísimo fortalecimiento del Estado, entonces conocido como *polis*. No en balde Platón es el filósofo favorito de los pensadores partidarios del autoritarismo.

Frente a estos planteamientos, Aristóteles (384-322 a.C.), nacido en Estagira (Macedonia), el mejor discípulo de Platón y la persona que más ha influido en la historia intelectual de la humanidad, en su obra *La Política* y en pasajes de la *Ética a Nicómaco*, propuso un rumbo un tanto opuesto: un modelo de organización en el que la autoridad ascendía del pueblo a los gobernantes y no al revés.

Aristóteles, luego preceptor de Alejandro Magno, representa la madurez del pensamiento griego de ese entonces. Su doctrina nace sobre la línea de Platón, no obstante lleva a cabo una incansable búsqueda en el conocimiento de la esencia de las cosas.

Ante el idealismo objetivo de Platón, Aristóteles crea un realismo orgánico según el cual la esencia de las cosas no se encuentra en las ideas donde se plasma su imagen, sino en las cosas mismas.

y cuando se cambien las ideas se va a llegar a una sociedad supuestamente perfecta (que jamás se alcanza). Pero para poder hacer todo aquello que plantea Marx había que llevar a cabo una dictadura. Marx creía que había un período en que los seres humanos tenían ideas que eran la consecuencia de la estructura material de la propiedad de los medios de producción, y que si se cambiaban esos medios y se ponían en manos del Estado, eso generaría una superestructura y una manera de pensar y entender la realidad de un modo distinto, lo que generaría al famoso «hombre nuevo».

A su vez, observamos cómo en el pintoresco cuadro *La escuela de Atenas* (1510), Rafael Sanzio pinta juntos a Platón y Aristóteles, «aquel, con ojos hacia lo alto; este, mirando a tierra. La expresión ofrece una circunstancia que impresiona: mientras Aristóteles busca la experiencia, Platón los principios».³

Continuando con el modelo aristotélico observamos que la soberanía radicaba en la gente, y los gobernantes se debían a ella. Allí yacía el embrión del pensamiento democrático, pero todavía había más: Aristóteles creía en la propiedad privada y en el derecho de las personas a disfrutar del producto de su trabajo, y lo creía porque los bienes públicos, generalmente, resultaban maltratados. En efecto, los ciudadanos parecían ser mucho más cuidadosos con lo que les pertenecía a cada uno de ellos.

Vemos también que, como nos recordaba Ayn Rand, Aristóteles puede ser considerado como una especie de barómetro cultural de la historia occidental, ya que «cuando su influencia predominó, se preparó el camino para las eras brillantes de la historia; cuando su influencia cayó, así lo hizo también la humanidad. El *revival* aristotélico del siglo XIII trajo a los hombres el Renacimiento. La contrarrevolución intelectual les llevó a la caverna de su antípoda: Platón».

El conflicto de Aristóteles frente a Platón es el conflicto de la razón frente al misticismo. Rand enmarcaba esta idea definiendo a Aristóteles como el padre del individualismo⁴ y la lógica, y el más grande racionalista de todos los tiempos.

Los argumentos de Platón indicaban que «él nos restaurará a nuestra naturaleza original y nos curará, bendiciéndonos y haciéndonos fe-

³ BENEYTO, Juan. *Historia de las doctrinas políticas*. Ediciones Aguilar, Madrid, España, 1958.

⁴ Vargas Llosa (2018) expresa que «el individualismo es un factor central de la filosofía liberal y, por supuesto, del pensamiento de Hayek. Individualismo no significa desde luego aquella visión romántica según la cual todos los grandes hechos históricos, así como los progresos definitivos en los ámbitos científicos, culturales y sociales, son producto de hazañas de individuos excepcionales —los héroes—, sino, más simplemente, que las personas individuales no son meros epifenómenos de las colectividades a las que pertenecen, las que los modelarían tal como hacen las máquinas con los productos industriales. El individuo goza de soberanía y, aunque parte de lo que se explica por el medio en que nace y se forma, hay en él una conciencia y un poder de iniciativa que lo emancipan de esa placenta gregaria y le permiten actuar libremente, de acuerdo a su vocación y talento, y, a menudo, imprimir una huella en el entorno en el que vive. La ambición en el individuo es la fuerza que dinamiza la economía de mercado, lo que hace posible el progreso».

lices», refiriéndose a los poderes místicos de una especie de gobierno. Las conclusiones derivadas de estas evidencias encuentran su origen en la comprensión de la filosofía platónica como un profundo ataque a las ideas de la libertad, dejando expuesto a Platón como uno de los primeros teóricos políticos del totalitarismo.

En este contexto, la realidad nos señala que los falsos profetas han existido desde siempre, y, muchas veces, han utilizado técnicas bastante similares entre sí. Para Walter Lippmann los colectivistas sienten el afán del progreso, la simpatía hacia los pobres, mientras se consumen en un ardiente sentido de lo que está mal y en el impulso hacia las grandes acciones, pero su ciencia se basa en un profundo malentendido. De tal modo, sus acciones son profundamente destructivas y reaccionarias, de forma que destrozan los corazones de los hombres, dividen sus mentes y les presentan alternativas imposibles.

II. LA EXPRESIÓN DE LIBERTAD EN LOS ESCOLÁSTICOS

Una de las primeras expresiones que hizo referencia al concepto de libertad fue la palabra *amagi*, en escritura cuneiforme del idioma sumerio, aproximadamente 2.500 años antes del nacimiento de Jesús. Este término eleva a la idea de la liberación de los esclavos, quienes pasaban a convertirse en seres libres al cambiar su condición de esclavitud, significando el término, en su traducción, «retorno a la madre», en tanto que los esclavos regresaban a sus madres, reflejando la libertad de «regresar a casa».⁵

Entretanto prosigue la expresión *eleutheria*, más cercana a la Grecia Clásica, sitio en el cual Atenas otrora formó parte del eminente refugio de las ideas de la libertad y la democracia occidental: su historia «demostró que una nación puede entender y cultivar al mismo tiempo la riqueza y

⁵ Sobre la esclavitud, Norberg (2018) nos recordó que «los liberales clásicos de la Ilustración escocesa, Francis Hutcheson y Adam Smith, condenaron la esclavitud desde el principio, y en 1772 el presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra declaró que la esclavitud era ilegal. Los pensadores de la Ilustración francesa también se oponían a la esclavitud. En la gran *Enciclopedia* de 1765, Denis Diderot escribió que “esta compra es una negociación que viola la religión, la moralidad, las leyes naturales y todos los derechos humanos. Todas esas almas desafortunadas tienen el derecho de ser declaradas libres” [...] En 1806, el presidente Jefferson exigió la penalización del comercio internacional de esclavos, y al año siguiente el Congreso votó para que la participación estadounidense en ella fuera un delito grave. Más tarde ese mismo mes, Gran Bretaña abolió el comercio de esclavos en el Imperio británico».

el intelecto, el comercio y la belleza».⁶ *Eleutheria* significaba la capacidad de decisión de un ciudadano libre, la mismísima libertad.

El desarrollo en términos filosóficos, científicos y políticos supo generarse con un inmenso renombre en Atenas, donde, a su vez, el comercio y la pluralidad mostraron fructíferos resultados. Aquella ciudad supo experimentar férreos avances hacia formas más iluminadas de gobierno bajo ideas republicanas, donde los representantes eran electos y decidían sobre el destino de la ciudad.

En una fase un tanto posterior, un buen tiempo más tarde, se da lo que se conoce como el período escolástico medieval que abarcó aproximadamente siete siglos desde el año 800 hasta el año 1500, donde se derivó en un movimiento filosófico y teológico. Las contribuciones de la etapa que inicia en el año 1350 y concluye en el año 1500, se suelen considerar parte del período «escolástico tardío».

Las obras de Tomás de Aquino (1226-1274) formaron parte del punto de partida de la mayoría de los conocidos escolásticos, en tanto que los tardíos supieron darle una mayúscula importancia a la justificación de la propiedad, en el impulso de cerciorar si el derecho de propiedad privada encontraba su costura con la ley divina y la ley natural.

Aquino elabora el razonamiento de que, por ejemplo, cuando un rey no es fiel a su deber, pierde su derecho a exigir obediencia, y aclara que «derrocarlo no constituye rebelión, pues él mismo es un rebelde a quien la nación tiene derecho a destituir, si bien es preferible limitar su poder, e impedir así que pueda abusar de él».

Aquino deja expuesto que los gobernantes autoritarios y tiranos no estaban privados de ser destituidos por las manos del pueblo, algo que las autoridades actuales de nuestra región latinoamericana deberían comenzar a tener en cuenta, principalmente quienes se apropiaron del poder en Venezuela.

También corresponde destacar el considerable rol que ha jugado la Escuela de Salamanca a lo largo de la historia de la libertad, es decir, los pensadores escolásticos hispanos del siglo XVI, quienes continuaron con la labor exploratoria de los caminos de la ley natural y la economía iniciados otrora por Aquino.

Dos siglos antes del desarrollo del pensamiento económico de Adam Smith, un siglo antes del pensamiento político de Locke, allí se encontraban los llamados escolásticos tardíos hispanos de la Escuela de Salamanca, anticipándose y haciendo una entusiasta defensa de determinadas

⁶ EMIL, Ludwig. *El mediterráneo*. Hemisferio, 1952.

ideas que hoy corresponden a conceptos de las teorías defensoras de la libertad, a partir de sus considerables contribuciones.

Para dar un paso adelante, hacer hincapié y además compendiar de algún modo la esencia de dicha escuela, vale esclarecer la figura de Francisco de Vitoria (1485-1546), padre de la escolástica hispana de Salamanca.

Vitoria consideró al comercio libre, y de modo bastante cabal, como un derecho humano, manifestándose además sobre la defensa de la propiedad privada al declarar que «si los bienes se poseyeran en común, serían los hombres malvados e incluso los avaros y ladrones quienes más se beneficiarían. Sacarían más y pondrían menos en el granero de la comunidad».

En estos términos, Domingo de Soto (1494-1560), también miembro de esta Escuela de Salamanca, se manifestó al respecto de la propiedad común:

Como consecuencia (de la propiedad común) uno arrebataría cuantos frutos le fuera posible, cosa que en esta ocasión intentarían todos en provecho propio, dada la sed de riquezas de los hombres.

Compete notar las ideas del historiador, teólogo y a su vez exponente hispano de Salamanca, Juan de Mariana (1536-1642), sobre el cometido del gobierno, la república y sus respectivas limitaciones:

La existencia de gobiernos por sí misma significa un límite a la libertad [...] Si para nuestro propio bienestar necesitamos de que alguien nos gobierne, nosotros somos los que debemos darle el imperio, no él quien debe imponérselo con la punta de la espada [...] Los gobernantes son para los pueblos, y no los pueblos para los gobernantes.⁷

A modo de síntesis, Chafuen (2013) agrupa en un esquema los argumentos escolásticos tardíos reflejados en las ideas de que: la propiedad privada hace posible un orden social justo, siendo esta extremadamente útil para la preservación de la paz y la armonía entre los seres humanos; y en el concepto de que los bienes productivos que se tienen en propiedad privada son más fructíferos.

Tampoco olvidemos las enseñanzas del matrimonio Friedman en *Libertad de elegir* (1980), al señalar que cuando todo el mundo posee algo,

⁷ DE MARIANA, Juan. Citado en Discurso Preliminar. *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 30, p. 16.

nadie lo posee y nadie tiene especial interés en conservar o mejorar su condición. Entendiendo que tal es el motivo por el cual los edificios de la ya desaparecida Unión Soviética parecían decrepitos un año o dos después de su construcción, por el cual la maquinaria de las empresas públicas soviéticas se estropeaba y necesitaba ser reparada constantemente, o por el cual los ciudadanos, en socialismo, recurrían —y todavía recurren— al mercado negro a fin de conservar el capital que tienen para su uso personal.

Fue un aporte del profesor Murray Rothbard haber señalado cómo la historia previa a la Escuela Austriaca surge a partir de las elaboraciones académicas de los escolásticos españoles de aquel «siglo de oro» en España. Además, el profesor F.A. Hayek también estaba convencido de que las raíces intelectuales de la libertad poseían un origen también continental.

En la Escuela de Salamanca, donde los escolásticos eran en su mayoría dominicos o jesuitas, se pudo articular la concepción subjetivista, dinámica que, doscientos años después, Carl Menger y los seguidores de la Escuela Austriaca habrían de impulsar de manera definitiva.

A su vez, el jesuita Juan de Mariana describe al tirano típico como aquel que «sustrae la propiedad de los particulares y la saquea, impelido por vicios tan impropios de un rey como la lujuria, la avaricia, la crueldad y el fraude», declarando que «los tiranos intentan perjudicar y arruinar a todo el mundo, pero dirigen sus ataques en especial contra los hombres ricos y justos que viven en su reino, consideran el bien más sospechoso que el mal, y temen como a nada precisamente esas mismas virtudes de las que carecen [...] Los tiranos dejan exhausto al pueblo para que no pueda reunirse, exigiendo casi a diario nuevos tributos, promoviendo disputas entre los ciudadanos y empalmando el fin de una guerra con el comienzo de otra [...] Los tiranos prohíben que los ciudadanos se reúnan o formen asambleas o discutan en común los asuntos del reino, arrebatándoles con métodos propios de policía secreta la ocasión misma de hablar o escuchar con libertad, impidiendo incluso que puedan expresar sus quejas libremente».⁸

No resultaría extraño encontrar una conexión entre esta descripción de tiranía y los tiranos que aún tienen el poder tanto en América Latina como en algunos puntos del mundo, tal como sucede en los casos del chavismo en Venezuela, el castrismo en Cuba o la dinastía de los Kim en Corea del Norte.

⁸ ROTHBARD, Murray N. *Historia del pensamiento económico*.

Pero continuando con los principios destacados de la ya nombrada Escuela de Salamanca que hoy forman parte de la Escuela Austriaca, se halla la definición de Huerta de Soto, quien afirma que resulta válido remarcar la manera en que Juan de Mariana interpreta que el origen del valor de las cosas se observa en la estimación subjetiva de los hombres. Siguiendo así la doctrina tradicional de los escolásticos sobre la teoría subjetiva del valor que, inicialmente, fue enunciada por Diego de Covarrubias y Leyva, quien expresó en 1555 que:

El valor de una cosa no depende de su naturaleza objetiva, sino de la estimación subjetiva de los hombres, incluso aunque tal estimación sea alocada [...] En las Indias, el trigo se valora más que en España porque allí los hombres lo estiman más, y ello a pesar de que la naturaleza del trigo es la misma en ambos lugares.⁹

A la par de esto, Juan de Mariana gesta un programa de reducción de gasto público y de mantenimiento de un presupuesto equilibrado que, incluso hoy, podría considerarse como un ejemplo a seguir, y nos advierte sobre el daño de la fijación de precios, algo que los latinoamericanos conocemos de primera mano.

En otras palabras, los escolásticos españoles compendiaron de un enérgico modo lo que forma parte fundamental de la teoría liberal, comprendida, además, en la reconocida Escuela Austriaca. Aquellos principios pueden sintetizarse y Huerta de Soto los enumera del siguiente modo:

La teoría subjetiva del valor (Diego de Covarrubias y Leyva), el descubrimiento de la relación correcta existente entre precios y costes (Luis Saravia de la Calle), la naturaleza dinámica del proceso de mercado y la imposibilidad del modelo de equilibrio (Juan de Lugo y Juan de Salas), el concepto dinámico de competencia entendida como un proceso de rivalidad entre vendedores (Castillo de Bobadilla y Luis de Molina), el redescubrimiento del principio de la preferencia temporal (Azpilcueta), y la influencia distorsionadora que el crecimiento inflacionario del dinero tiene sobre la estructura de los precios (Juan de Mariana, Covarrubias y Azpilcueta).

También se agregan la imposibilidad de originar una sociedad mediante mandatos coactivos debido a la falta de información necesaria para coordinarlos (Juan de Mariana), y, por último, el principio según

⁹ COVARRUBIAS, Diego. *Omnia Opera, Haredam Hieronymi Scoti*, Venecia 1604, vol. 2, Libro 2, p. 131.

el cual el intervencionismo injustificado del Estado sobre la economía viola el derecho natural (Juan de Mariana).

No obstante, el motivo por el que hacemos este recorrido a través de las ideas de libertad y propiedad a lo largo de nuestros tiempos, se debe a que siempre, absolutamente siempre, existió y existirá una amenaza a las mismas y, fundamentalmente, a nuestras libertades civiles, políticas y económicas, que han sido blanco de tantos ataques y atropellos por parte de las ideologías totalitarias a lo largo de la historia de la región latinoamericana pero también en amplios continentes de nuestro planeta, entre ellos la Europa del siglo pasado.